

# Quiasmos en San Lucas 24

Oscar Javier MENDOZA GARCÍA

**Palabras Clave:** Quiasmo, San Lucas, Emaús, Catequética, Pedagogía de la Fe, Pasión, Resurrección, Apariciones de Jesús, Eucaristía, Comunión, Iglesia, Misión.

**Abreviaturas:** AT: Antiguo Testamento. NT: Nuevo Testamento. Mt: Evangelio según San Mateo. Mc: Evangelio según San Marcos. Lc: Evangelio según San Lucas. Jn: Evangelio según San Juan. Hch: Actas o Hechos de los apóstoles. Jr: Jeremías. 2 Mac: Segundo libro de los Macabeos. 1 Co: Primera epístola a los Corintios. Flp: Epístola a los Filipenses. Ef: Epístola a los Efesios. d.C.: Después de Cristo. v: versículo.

**Notas:** Intercalamos las notas en el mismo texto para evitar repeticiones. Puede verse la referencia completa de las fuentes en la bibliografía final. También incluimos en el texto las referencias bíblicas.

## 1 Introducción

En el capítulo 24 del evangelio de San Lucas destaca, entre otras apariciones de Jesús resucitado, el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35) que es peculiar suyo al no estar en otros evangelios. Es una narración pascual, como veremos basada en una tradición oral, de la aparición de Jesús resucitado en Emaús a dos discípulos desconocidos hasta entonces (uno de nombre Cleofás) que habiendo partido de Jerusalén vuelven para recibir la confirmación de la resurrección de Jesús por parte de la comunidad de los apóstoles, que Lucas quiere que se reconozca como la tradición oficial, y comunicar también su experiencia. Lucas habría de inspirarse en el mundo palestino, que ya usara esta forma de relato con objetivo didáctico. Lucas es un maestro de la narración consiguiendo comunicar lo que pretende: transmitir un contenido doctrinal que sirva al lector y a la comunidad cristiana reunida. Veremos cómo por medio de la forma literaria del quiasmo y con un lenguaje primoroso recoge la tradición y la enriquece con un objetivo catequético: enseñar que al Jesús glorioso, el Cristo, hay que reconocerle en la eucaristía que celebra la comunidad de creyentes bajo los apóstoles. Se trata del punto capital sobre el que se asienta el cristianismo: Jesús que vence a la muerte y con su resurrección nos da vida eterna.

Quiasmo es una figura retórica o literaria de construcción que consiste en una repetición e inversión del orden de elementos gramaticales o incluso palabras en forma de cruz en una o en varias frases. Se trata de un paralelismo cruzado, es decir, de la repetición de una estructura sintáctica que implica intercambiar el

orden de los elementos de dos o más secuencias. Cuando las palabras se repiten en la misma oración con otro orden se llama retruécano. En el caso del quiasmo los elementos que se repiten aparecen primero en un orden y luego en el orden contrario. El nombre de esta figura literaria procede del griego *χιασμός*, ‘disposición cruzada’ (en referencia a la forma de la primera letra de la palabra griega *χ*, ji). En esta presentación analizaremos la estructura quiástica del pasaje de Emaús, así como otros quiasmos que el genial narrador Lucas elabora intencionadamente en el capítulo 24, el último de su evangelio, con el objetivo kerigmático de comunicar la fe de que Jesús de Nazaret, tras su muerte, vive.

Con diferentes quiasmos, veremos cómo Lucas consigue un efecto estilístico elegante en el último capítulo de su evangelio que nos sorprenden por su originalidad y su gran poder persuasivo, que nos ayuda a recordarlo y recibir su comunicación de forma más eficaz. Esa intencionada elaboración de San Lucas la vamos apreciando en los diversos quiasmos del capítulo 24 de su evangelio y de forma especial en la construcción de su escena más larga y clave de la aparición anterior y la posterior a ella, el relato de los discípulos de Emaús, que es visiblemente un quiasmo entrelazado en otro anterior (con el clímax en la “no creencia”) y otro posterior (con el clímax en la “creencia”), género literario con el que Lucas estructura la salida de Jerusalén de dos discípulos desalentados y su vuelta llenos de esperanza tras su encuentro con Jesús resucitado. En este quiasmo de Emaús, va ensartando oraciones similares en un orden invertido de forma correlativa: tenían los ojos cerrados y se abrieron sus ojos; desconocimiento del compañero de camino y su reconocimiento, la incompreensión de las Escrituras y su revelación, del Jesús muerto al Cristo vivo. Esa es la intención de Lucas, resaltar que Jesús vive de una forma no terrenal y corruptible sino como el Resucitado para siempre que se hace presente en cada uno y en la comunidad cristiana que proclama la Palabra y celebra la Eucaristía.

Se ha estudiado el pasaje de Emaús como un viaje de ida y vuelta: alejamiento de la comunidad cristiana y retorno a ella. Sin embargo no se han analizado pormenorizadamente otras líneas de fuerza apuntando a la “no creencia” y a la “creencia”, que forman otros quiasmos que interrelacionan todos los versículos de ese último capítulo del evangelio de Lucas, como tampoco el cruce quiástico que hace de unión con el final del capítulo 23. No nos puede pasar por alto la continuidad que hace en *Hechos de los Apóstoles* explayándose sobre la Ascensión en el mismo prólogo, en que lo relaciona expresamente con el final de su evangelio.

Se han utilizado estos pasajes del capítulo 24 del evangelio de Lucas para hacer apología de la resurrección de Jesús cuando esa nunca fuera la intención de Lucas cuyos objetivos fueron estrictamente pedagógicos. Se ha caído en el error de interpretar esos pasajes de las apariciones de Jesús resucitado como sucesos que ocurrieran literalmente tal como se narran, lo que nos llevaría a entender a Lucas como un mero reportero periodístico que tras cuatro décadas relatara una visión que le cuentan ocurrió. Veremos que Lucas no pretende siquiera ni poner en claro la verdad histórica de la resurrección de Jesús tal cual lo vieran las mujeres, Pedro

o esos dos discípulos de Emaús, sino que invita a quien lee y escucha ese y otros relatos de las apariciones a reconocer a Jesús en la gloria y haciéndose presente en la Eucaristía.

Transcribimos a continuación el capítulo 24 del evangelio de San Lucas siguiendo la *Biblia de Jerusalén*, que hemos utilizado, para que el lector lo tenga a la vista desde el principio y pueda cotejar las referencias que se hacen de él. Pondremos también la referencia “en línea” del mismo texto. En esta transcripción no incluimos la subdivisión de los versículos que aparecen en el escrito en letras minúsculas. Esas letras responden a una división imaginaria de la frase o frases del versículo que el lector podrá fácilmente identificar. Analizamos la estructuración literaria de todo el capítulo 24 del evangelio de Lucas y añadimos los elementos del final del capítulo 23 y principio de *Hechos de los Apóstoles* que le dan unidad y continuidad. Intercalamos en el capítulo 3 el esquema gráfico que hemos elaborado de palabras conectoras, donde se condensan los quiasmos del capítulo 24 y se aprecian de un golpe de vista las líneas de tensión diseñadas por Lucas. Veremos las perspectivas eucarísticas del relato central de los dos discípulos de Emaús para entresacar las connotaciones teológicas que brotan del capítulo 24 sobre las apariciones de Jesús resucitado con las que Lucas nos quiere adoctrinar y catequizar.

### **Lucas 24 en la *Biblia de Jerusalén***

#### **El sepulcro vacío. Mensaje del Ángel**

1 El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. 2 Pero encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro, 3 y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. 4 No sabían qué pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. 5 Como ellas temiesen e inclinasen el rostro a tierra, les dijeron: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? 6 No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: ‘Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite.’” 8 Y ellas recordaron sus palabras.

#### **Los apóstoles no creen a las mujeres**

9 Regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. 10 Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas. 11 Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían.

#### **Pedro en el sepulcro**

12 Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero sólo vio las vendas y se volvió a su casa, asombrado por lo sucedido.

#### **Los discípulos de Emaús**

13 Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba

sesenta estadios de Jerusalén, 14 y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado. 15 Y sucedió que, mientras ellos conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos; 16 pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran. 17 El les dijo: “¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?” Ellos se pararon con aire entristecido. 18 Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?” 19 El les dijo: “¿Qué cosas?” Ellos le dijeron: “Lo de Jesús el Nazoreo (variación de Nazareno), que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; 20 cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron. 21 Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó. 22 El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro, 23 y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía. 24 Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.” 25 Él les dijo: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! 26 ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?” 27 Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras. 28 Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. 29 Pero ellos le forzaron diciéndole: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado.” Y entró a quedarse con ellos. 30 Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. 31 Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado. 32 Se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?” 33 Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, 34 que decían: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!” 35 Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan.

#### **Aparición a los apóstoles**

36 Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros.” 37 Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. 38 Pero él les dijo: “¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? 39 Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo.” 40 Y, diciendo esto, les mostró las manos y los pies. 41 Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: “¿Tenéis aquí algo de comer?” 42 Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. 43 Lo tomó y comió delante de ellos. 44 Después les dijo: Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: ‘Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí.’” 45 Y, entonces, abrió sus

inteligencias para que comprendieran las Escrituras, 46 y les dijo: “Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día 47 y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. 48 Vosotros sois testigos de estas cosas.” 49 “Mirad, yo voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto.”

### **La Ascensión**

50 Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. 51 Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. 52 Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, 53 y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios.

Ver en línea: <https://www.bibliacatolica.com.br/la-biblia-de-jerusalen/lucas/24/>

## **2 Análisis literario del capítulo 24**

Lucas engarza tres relatos de apariciones en este capítulo 24: a las mujeres en la tumba incluyendo la visita de Pedro (1-12), a los dos discípulos de Emaús (13-35) y a los apóstoles en Jerusalén (36-49). Los versículos últimos sobre la Ascensión, 50-53, hacen de epílogo y conectan con *Hechos de los Apóstoles* donde da testimonio del nacimiento de la Iglesia y su expansión. Los tres relatos, además del v. 12, de Pedro en el sepulcro, parten con el interrogante de la tumba vacía y resuelven con la experiencia en Cristo Resucitado. Cada uno de los tres se ordenan en forma de quiasmo con conectores lingüísticos, palabras clave que se vuelven a repetir de forma inversa, en orden opuesto respectivamente. También podría verse el segundo relato, Emaús, como unificador de los otros que de forma primorosa da cohesión al capítulo creando una tensión entre el no creer y el creer, entre el porqué de la tumba vacía y la respuesta de la Resurrección.

### **2.1 Conexión del capítulo 23 con el 24 en quiasmo**

Apreciamos un primer quiasmo ABC, C´B´A´ que sirve de conector discursivo entre los capítulos 23 y 24 del evangelio de Lucas:

- A. Las mujeres van al sepulcro y ven cómo era colocado el cuerpo de Jesús: 23, 55
- B. Las mujeres preparan aromas y mirra: 23, 56a
- C. Las mujeres no van al sepulcro (descansaron por ser sábado): 23, 56b
- C´. Las mujeres van al sepulcro (la madrugada del domingo, 22): 24, 1a
- B´. Las mujeres llevan los aromas preparados: 24, 1b
- A´. Las mujeres van al sepulcro y no ven el “cuerpo del Señor Jesús”: 24, 2-3

### **2.2 No creencia en quiasmo**

Otro amplio quiasmo es 24, 1-23a: No creencia (citaremos solo los versículos):

Sepulcro sin el “cuerpo del Señor Jesús”: 1-3

“Dos hombres con vestidos resplandecientes” se aparecen a las mujeres: 4-8

Las mujeres van del sepulcro a los Once: 9-10

**No creen** (los Once y todos los demás): 11

Pedro va de los Once al sepulcro y se queda “asombrado”: 12

Jesús se “acercó” a dos discípulos (hombres): 13-21

Sepulcro sin el cuerpo de Jesús: 22-23a y 24b

El punto de énfasis es que “no creen”. Es la situación de no creencia de la que se parte en el asombro de Pedro en el sepulcro (12) y en la perícopa de Emaús (13). Para Pedro, el hecho de ver las vendas en el sepulcro le causa asombro, es ya un signo de fe. Sin embargo, a los discípulos de Emaús no es el sepulcro vacío sino la falta de visión corporal de Jesús resucitado que esperaban lo que les produce tristeza e impide reconocerle a pesar de que se había acercado y seguía con ellos. Podemos adivinar que los **versículos 22-24 vienen a ser la síntesis de 1-11 en forma paralela** y a la vez sirven de clave para pasar de la no creencia a la fe por medio de la clave “Ha resucitado”, anunciado por los “ángeles” (23):

Las mujeres (sujeto en 23, 55) no encuentran el cuerpo de Jesús: 1-3; 22-23a

Se aparecen “dos hombres” resplandecientes a las mujeres: 4; “ángeles”: 23b

Mensaje de los “ángeles”: **Está vivo** (resucitó): 5-7; **Él vive**: 23c

Las mujeres van del sepulcro a los Once: 9-10; los hombres van al sepulcro: 24a

Los apóstoles no creen a las mujeres: 11; los hombres no lo vieron: 24b

Observamos cómo se repite el sujeto de “las mujeres”, ya introducido al final del capítulo 23 y cómo esos “hombres con vestidos resplandecientes” son citados después por los discípulos de Emaús como “ángeles”, como queriéndole quitar validez al testimonio y considerándolo como una “visión” subjetiva venida de mujeres, y por tanto, con poca credibilidad por estar entonces denigradas por su género. Es curiosa la relación léxica, también de forma paralela, que se da entre los **versículos 22-23b y 24-25**:

Algunas mujeres: 22, y algunos hombres (de los nuestros): 24a, van al sepulcro

Las mujeres no hallaron el cuerpo de Jesús; 23a; los hombres no lo vieron: 24b

Los ángeles dicen que **Él vive**: 23b; Jesús les dice “insensatos” para creer: 25

Mientras las mujeres (las dos Marías: la Magdalena y la madre de Santiago, de Betania, Juana, mujer de Cusa (administrador de Herodes, 8, 3), y “las demás que estaban con ellas”, 10) buscan el cadáver de Jesús para poner los aromas, los hombres (Pedro a la cabeza, 12) parecen buscar a Jesús vivo. De la perplejidad de las mujeres (“no sabían qué pensar de esto”, 4) se pasa al asombro de Pedro. No podemos tachar a Lucas de machista alegando que desprestigiara a las mujeres. Como lo que trata es de catequizar es preciso que lo haga según la mentalidad de

su época y como lo oía en la reuniones de las primeras comunidades cristianas. Lucas precisa el testimonio de Pedro, cabeza de los Apóstoles, que gozaba de credibilidad en la comunidad judeocristiana, para revalorizar así el testimonio del grupo de mujeres, entonces tenidas por ingenuas y faltas de crédito. Lucas pone en valor a las mujeres haciendo que sean ellas las primeras discípulas de Jesús en ver a “dos hombres con vestidos resplandecientes” (seres sobrenaturales) mientras que los dos varones de Emaús no son capaces de reconocer a quien camina con ellos como el Jesús que conocían. Lucas, más que ningún otro evangelista, da gran protagonismo a las mujeres, las primeras en recibir el anuncio de la Resurrección. No es misógino pues las menciona en muchos más sucesos que los demás, aunque ya de hecho el NT cuadruplica el porcentaje de los nombres propios de mujer con respecto al AT. Aun así, son 30 nombres, 20%, con respecto a los 120 de varón, 80% (Rodríguez 2012: 416). Aparte del total de 464 en que aparece “hombre” refiriéndose al “ser humano” en el NT, la palabra “mujer” aparece en los evangelios 109 veces (63 veces referidas a su género y 47 en cuanto esposas de alguien) y “hombre”, como varón, solo 47 (Rodríguez 2012: 415). Lucas, en el capítulo 24, multiplica el número de mujeres (3 y “las demás”, 10) con respecto a Marcos. Las tres, ya mencionadas (10), eran María Magdalena, María la de Santiago y Juana. Entre esas “demás” cabría mencionar otras cuatro discípulas que menciona en su evangelio: Ana, la profetisa (2, 36), Susana (8, 3), y Marta y María (10, 38-39). “Otras muchas” (8, 3) seguían y servían a Jesús. Las presenta como un grupo numeroso con lo que compensar, de alguna manera, el patriarcal menosprecio judío por la mujer, tenida por crédula por naturaleza. Jesús acoge en este capítulo a las mujeres como testigos de la resurrección (1-11 y su síntesis 22-24). Con ello está dando a entender que además de la proclamación de fe de los apóstoles también era bueno y válido el testimonio de fe de otros discípulos sin rango de autoridad, así las mujeres y los dos discípulos de Emaús.

### 2.3 Creencia en quiasmo

Como conexión con el quiasmo que pone su énfasis en “Creer”, observamos un paralelismo entre la ambigüedad del pretérito imperfecto de indicativo del versículo 23 (los ángeles “decían” que él “vivía”; o el pluscuamperfecto de indicativo: habían dicho) y el verbo “decir” repetido en pretérito indefinido de indicativo, dando una sensación de concreción y certeza, del 24-25 (fueron, hallaron, no le vieron, 24; Él les dijo, dijeron, 25). Vemos la invertida dinámica del 24 (los hombres fueron en busca de Jesús al sepulcro) y el 25 (Jesús se dirigió a los hombres de Emaús):

Los ángeles “decían” que Él vivía (Mensaje): 23c

Algunos hombres, como las mujeres “habían visto” 23b; no “vieron” a Jesús: 24

Jesús “les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer”: 25a

Los profetas “dijeron” que “Cristo” habría de entrar en la gloria (Mensaje): 25b-26

Igualmente sirven de conexión quiástica las palabras de los versículos 25-27 con 32 y del 16 (“ojos retenidos”) con el 31 (“se les abrieron los ojos”) que se conjuntan en la respuesta de fe a los profetas del 29, que hace de vértice del quiasmo:

Tardos de corazón para creer lo que decían los Profetas, las Escrituras: 25-27  
Sus ojos estaban retenidos y no le “conocieron” al principio: 16  
“Quédate con nosotros”: 29 (Amén a las Escrituras)  
Se les abrieron los ojos y le “reconocieron” tras una señal: 31  
Estaba ardiendo su corazón cuando Él les explicaba las Escrituras: 32

### **Quiasmo 24, 26-46, Creencia:**

El Cristo debía padecer eso para entrar en la gloria: 26  
Moisés, profetas, Escrituras (Jesús les explica): 27  
Invitan a comer a Jesús (“tomó el pan”): 28-30  
Lo reconocen sin dudas: 31a  
Jesús desaparece de ellos en la noche: 31b  
Hablaban entre ellos en el camino de ida: 32  
**Creer** (los Once y los demás: “Es verdad”): 34  
Hablan a los Once a la vuelta del camino: 35  
Jesús se aparece de noche: 36  
Dudan, “asustados, creían ver un espíritu”: 37-41a  
Jesús pide de comer (pescado) pues no acababan de creerlo: 41b-43  
Moisés, profetas, Salmos, Escrituras (Jesús les explica): 44-45  
Que el Cristo padeciera y resucitara (estaba escrito): 46

El clímax del quiasmo es que los Once “creen” en la Resurrección de Jesús: ¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón! Salta a la vista la cantidad de veces que Lucas usa estas proclamaciones de fe cristianas en todo el capítulo 24: el Señor Jesús 3, el Hijo del Hombre 7, el Mesías (implícito): “el que iba a liberar a Israel” 21, el Cristo 26 y 46, el Señor 34, y “la Promesa de mi Padre” (el Espíritu Santo) 49. Son expresiones de proclamación de quien relata desde la fe y narrando tal como ya durante muchos años lo venían haciendo oralmente los cristianos en las primeras comunidades.

### **2.4 Relación léxica paralela de 24, 1-12 y 13-25**

Por otra parte vemos la semejanza de nombres y verbos coincidentes entre los versículos 1-12 y 13-25 vistos de forma paralela:

Primer día de la semana: 1 / Aquel mismo día: 13  
Las mujeres (sujeto en 23, 55): 1 / Dos hombres: 13  
Fueron al sepulcro: 1 / Iban a Emaús: 13



No sabían qué pensar ante el sepulcro abierto y sin Jesús: 2-4a / Conversaban: 14

Dos hombres celestiales se aparecen: 4b / Cristo, hombre celestial, se aparece: 15

Inclinaron el rostro a tierra: 5a / Sus ojos estaban retenidos: 16

Los ángeles preguntan: 5b / Jesús pregunta: 17

Los ángeles explican los hechos: 5-7 / Los dos de Emaús explican: 18-24

(entregado, crucificado, el tercer día: 7/

le condenaron, le crucificaron, llevamos ya tres días: 20-21)

Las mujeres dan la noticia: 8-11. /

Los dos dicen que las mujeres dan la noticia: 22-23

**Puntos centrales:** Los apóstoles no creen: 11. Él está vivo (dicen los ángeles): 23c

**Contraste creencia e increencia:** Pedro va al sepulcro, vio y volvió asombrado: 12

“Algunos de los nuestros” van al sepulcro pero no le vieron: 24

**Punto de resolución:** Jesús les dice “insensatos y tardos de corazón para creer”: 25

### Esquema paralelístico de los versículos:

1; 2; 4; 5; 6-7; 8; 11; 12.

13; 14; 15; 16; 18-21; 22; 23; 25.

Hemos podido observar la estructura común en paralelo entre dichos versículos y la gran vinculación que hay mediante los cruzamientos lingüísticos. Por otro lado, podemos observar la correlación paralela que se da entre los versículos 1-11 y 22-24b (1 con 22-23a; 4 con 23b; 6-8 con 23c; 9-10 con 24a y 11 con 24b). 22-24b viene a ser el resumen de 1-11 con el mismo diseño paralelístico que sirve para enfatizar el 23c: “Está vivo”. Con similar disposición lo dice Dufour que ve en 17-30 el “diálogo”, como pasaje intermedio entre los términos 13-16, principio, y 31-33, final. En el centro del “diálogo” aparece esa proclamación típica de Lucas: “Está vivo” (Leon Dufour 1974: 228-229).

Y aún siguen cruzándose en forma de quiasmo los versículos 24a al 26 (24a con 25a; 23b-c con 25b y 26). Igualmente se da un cruce de versos, a la manera de retruécano: 24 con 25a, 23b-c con 25b-26 y 25 con 27 y 32. Curiosamente el quiasmo 26-46, de “Creencia”, que hemos visto pormenorizado para hacer ver el enfoque en el 34, “Es verdad”, tiene una parte coincidente con el quiasmo de Emaús (13-35), desde el 26 al 35, formando con él un conjunto subconjunto (26-35 está incluido en 13-35). El pasaje de Emaús, 13-35, es a su vez un conjunto disjuncto con 36-46, aparición a los apóstoles. Y por último observamos otro conjunto intersecante: 26-35, en cuanto son los versículos de intersección entre el conjunto 13-35, quiasmo del pasaje de Emaús, y el conjunto 26-46, quiasmo del “Creer”.

## 3 Estructura quíastica del relato de Emaús: Lc. 24, 13-35

### 3.1 Análisis lingüístico en dos partes

A. De Jerusalén a Emaús

B. Jesús se acerca y les acompaña

C. Sus ojos velados no le reconocen

A'. De Emaús a Jerusalén

B'. Jesús desaparece

C'. Sus ojos se abren y le

reconocen

D. Ellos hablan de Jesús

D'. Jesús explica las Escrituras  
y hace la **"Fracción del Pan"**

E. Que Jesús murió crucificado

E'. Era preciso la muerte para entrar  
en la gloria

F. La tumba vacía pero a Él no lo han visto  
(mujeres y otros discípulos)

En este viaje de ida y vuelta observamos la coincidencia cruzada intencionadamente de nombres y verbos. Aparte de esas palabras escogidas, vemos cómo Jesús les reprocha su torpeza de corazón para creer y ellos, ya con fe, comentan entre sí: "¿No ardía nuestro corazón?" La F, "tumba vacía", hace de bisagra de la estructura en V de este anuncio de la Resurrección: primero son las mujeres las que cuentan que "al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles" 23, y a continuación son otros discípulos los que tras ir al sepulcro dicen que "a Él no le vieron" 24. Observamos sin embargo un punto álgido en D', la "fracción del pan", novedad que viene a servir como punto de retorno en el camino de ida y vuelta, punto del cambio vital en el camino de fe de los dos discípulos. Así pues, si de forma lingüística el viraje quiástico se hace en "la tumba vacía", el cambio cinético en que los dos personajes se ponen en pie y emprenden el viaje de regreso está en la Eucaristía ("fracción del pan"). La Eucaristía es el clímax buscado por Lucas en la narración que provoca el cambio radical de los dos discípulos. Es el momento de encuentro con el Señor Jesús, Eucaristía que celebra la Iglesia, comunidad de creyentes bajo la enseñanza y liderazgo de los apóstoles. Lucas quiere hacer entender que de la fe apostólica, confirmada con la aparición a Pedro y su confesión, es de donde surge la Iglesia. Y de esa proclamación de Pedro adquiere validez el testimonio de los dos discípulos de Emaús, así como el de otros discípulos y también el de las mujeres. No es casualidad que Lucas coloque la visita de Pedro al sepulcro (12), justo antes del relato de los discípulos de Emaús 13-35. Es clara su intención de dar prioridad al testimonio del primer apóstol, Pedro, cabeza de la Iglesia.

El motivo didáctico lucano de Emaús se puede observar en la estructura en dos partes del relato. La primera negativa: ellos no le reconocen, no comprenden por qué ha muerto sin liberar a Israel del yugo de la dominación romana. Y, aunque las mujeres dicen que está vivo, no entienden cómo no le pueden ver. La segunda da explicación a tales cuestionamientos: Jesús les hace entender las Escrituras diciendo que para entrar en la gloria debía pasar por la muerte. Y por ser glorioso es por lo que no le pueden reconocer al principio con los ojos carnales porque ya no tiene el cuerpo mortal de antes sino un cuerpo que obedece al espíritu. A pesar de ello, Jesús se hace reconocer en la "fracción del pan" por iniciativa propia. Ahí es donde está el clímax del relato. Son dos partes utilizando este género literario del quiasmo como regla mnemotécnica para facilitar el recuerdo y la enseñanza, para provocar esa experiencia personal que nos une al

Misterio del Resucitado.

En la parte negativa se da una falta de fe de estos dos discípulos de Emaús ante el anuncio de las mujeres de la resurrección. Sí, la tumba está vacía, pero nadie vio el acto de la Resurrección ni es capaz de probarlo racionalmente. Las apariciones son señales evidentes de la resurrección real, pero les sirven solo a los que las experimentaron. Jesús no entra en argumentaciones para probarlo, son signos y no razones (De Aquino 1955: 614), aunque para el Doctor Angélico los testimonios y argumentos de los apóstoles y discípulos son prueba “suficiente en su género” de la resurrección (De Aquino 1955: 617). Una “prueba” que Santo Tomás basa en su propia fe y sin argumento especulativo. Por tanto sin validez racional porque no nos sirve para probar nada. Para Lucas, de la duda al ver la tumba vacía surge la pregunta: ¿Dónde será posible ver a Jesús vivo?

En la parte positiva, Lucas lo pone de manifiesto, en la celebración de la Eucaristía, que incluye la Escritura y la “Fracción del pan”. Ese encuentro con Jesús resucitado transforma a los dos discípulos: parten tristes (17) y vuelven gozosos (32). Del mismo modo transforma a las personas (*Biblia para la Iniciación Cristiana* 1977: 213-215). Con el testimonio de dos discípulos que van a Emaús y el relato de otros testigos oculares que vieron a Jesús resucitado, Lucas nos brinda simplemente una oferta a la fe como posibilidad para nuestra propia transformación.

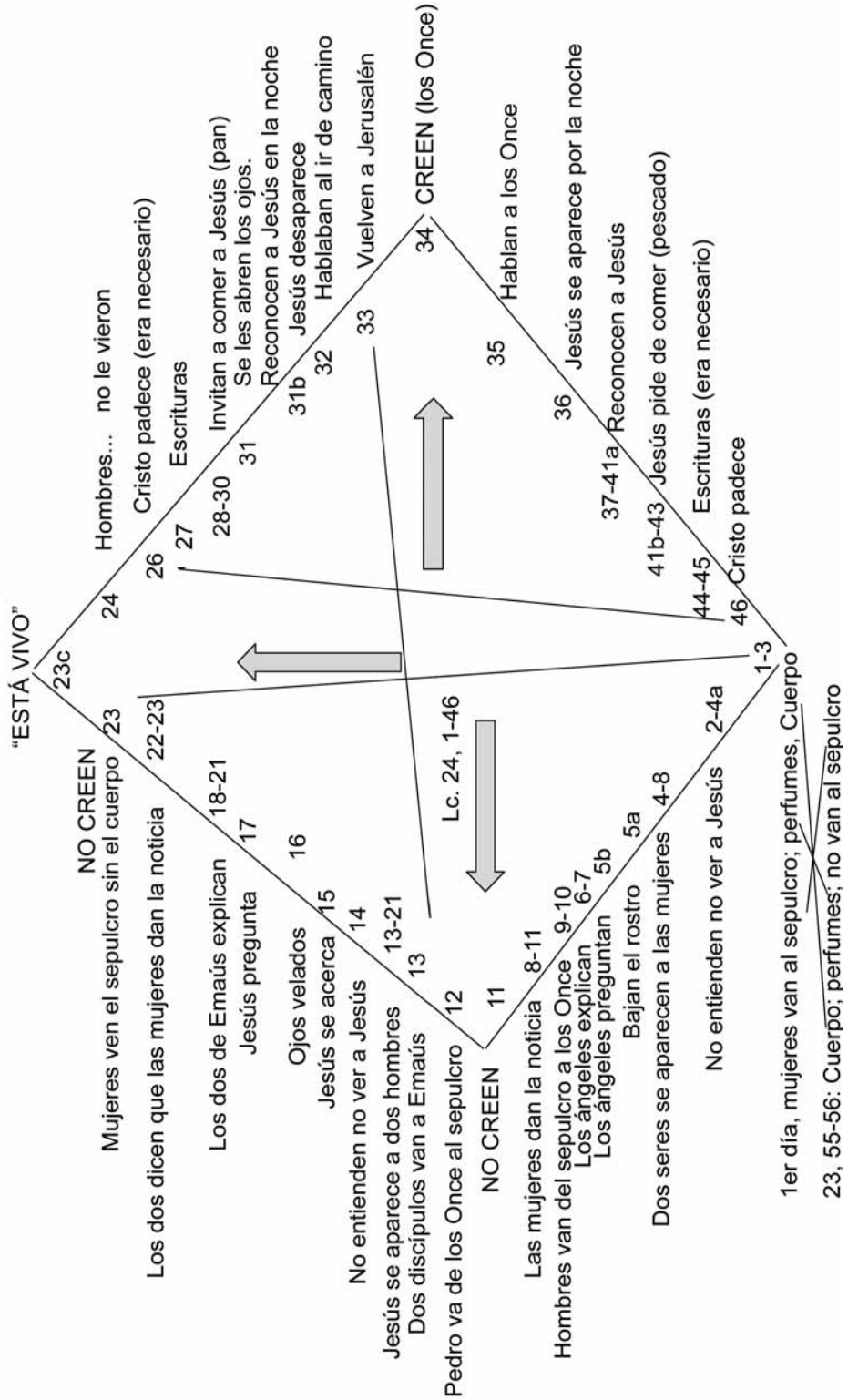
### 3.2 Finalidad de esta estructura binaria

Coincidiendo con otras apariciones del Resucitado, estas de Lucas son diseñadas para la comunicación catequética. Son relatos elaborados de las apariciones a algunos apóstoles y discípulos para responder con sus experiencias a los problemas de su comunidad cristiana contemporánea y que sirven para las posteriores. No pensemos por tanto que refieren sucesos exactamente históricos pues la labor del diseño literario y la trama son originales de los evangelistas. Así lo hemos apreciado en las combinaciones quiásticas de Lc 24, tan bellamente diseñadas que denotan a un escritor de gran valía y una personalidad cautivadora. Lucas usa materiales recibidos de la tradición y trata de narrar las cosas verificadas, dice, “tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra” (1, 2), siguiendo así las grandes líneas de Marcos pero nunca con idea de hacer un relato histórico que lo superase. Su intención es teológica: insiste en la Ciudad Santa, Jerusalén, como lugar donde ha de dar cumplimiento la salvación. Y es allí donde empieza su evangelio (con la aparición del “Ángel del Señor” al sacerdote Zacarías en el Santuario del Templo anunciándole la concepción de su hijo Juan: 1, 9) y donde termina (con los apóstoles siempre en el Templo bendiciendo a Dios: 24, 53) tras las apariciones del Resucitado. Coinciden las apariciones de reconocimiento en Lc 24 en los siguientes motivos catequéticos: 1. Saludo por sorpresa (4, 15, 37). 2. Duda de los testigos (5, 16, 38). 3. Reconocimiento poco a poco por medio de la Sagrada Escritura que se había malinterpretado y de la Eucaristía (30-31). 4. Misión a

construir Iglesia (33-35).

El relato no tiene un sentido apologético, esto es, poner en claro o mejor demostrar la verdad histórica de la resurrección de Jesús con cuerpo físico, con el cuerpo llagado con el que lo vieron los apóstoles o como lo vieran los dos discípulos de Emaús. Pudiera tener visos de una supuesta demostración Lc 24, 41-43, pero igualmente trata de hacer una catequesis para invitar a reconocer que Jesús tiene ya un cuerpo glorioso y por tanto podría haberse pasado sin haber comido pescado asado, que ya no lo necesitaba. Lucas se dirige al no creyente para provocar la fe, pero también es muy válido el pasaje de Emaús para reafirmar la fe del creyente que duda de ella. Además de los motivos que se dan en otras apariciones: reconocimiento de Jesús para invitar a la fe en su resurrección y mandato de misión, se da aquí otro motivo didáctico en el camino de dos discípulos de Jesús tristes de vuelta a su casa y de retorno gozoso a la comunidad apostólica. Es Jesús Resucitado el que ejerce la actividad didáctica. Primero se presenta (15) con la intención de tomar parte en el diálogo (17), y tras oírles les reprocha que son lerdos para entender las Escrituras en lo que se refiere al Mesías. Y es Él mismo el que les hace entender su sentido. Son “insensatos y tardos de corazón” (25), pero ellos mismos se dan cuenta después que ardía su corazón cuando les “explicaba las Escrituras” (32). Tras hacerles entender el mensaje mesiánico de las Escrituras termina revelándose como Resucitado en la fracción del pan, que es el clímax del relato. Esta perícopa tiene un paralelo cercano con el relato lucano de Hechos 8, 26 -39 (Felipe con el eunuco de Candace) donde pone el clímax en el Bautismo: sacramento de entrada del catecúmeno en la comunidad cristiana y que recibe su fuerza del de la Eucaristía. Observando los dos relatos en columnas paralelas nos percatamos que son muy similares (Mendoza García 1986: 31-33). Mediante ambos quiasmos Lucas expresa la esperanza mesiánica del AT a la luz de Jesús Resucitado, el Cristo de la fe apostólica.

El reconocimiento de Jesús Resucitado en este pasaje de Emaús ocurre de parecida manera a otros. Así en Jn 20, 16, el Señor dice una palabra a María Magdalena: la llama por su nombre “María”. Aquí ocurre con la fracción del pan: “tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando (30). Es un rito, con las palabras de la bendición y la acción de partir y repartir el pan. Igualmente el reconocimiento es repentino. En ambos casos el reconocimiento va unido al mensaje didáctico. Con María Magdalena tras su reconocimiento, y con los discípulos de Emaús revelándoles el sentido de las Escrituras, antes del reconocimiento, y con la “fracción del pan” que es el clímax del relato y el punto de cambio radical en sus vidas.



Esquema Lc 24, 1-46

## 4 Perspectiva eucarística del relato de Emaús

### 4.1 Fracción del pan: Eucaristía

La “fracción del pan” es la clave y enfoque del relato. El v 30: “tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando” se corresponde con la fórmula lucana de la Última Cena: “tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio” (Lc 22, 19). Más explícitamente se menciona en el v. 35: “contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían reconocido en la fracción del pan”. Es un término que Lucas repite varias veces en *Hechos de los Apóstoles* y que alude a la Eucaristía sin ninguna duda. Sin alargarse en más comentarios sobre tal enunciado sustantivado, parece dar a entender que era de sobra entendido por los lectores de las comunidades cristianas de finales del siglo I.

La “fracción del pan”, nos dice Lucas, era realizada con frecuencia (“asiduamente”) por la comunidad primitiva junto con la “enseñanza de los apóstoles”, “la comunión” (entrega de los bienes) y “las oraciones” (Hch 2, 42). El lugar habitual era “el pórtico de Salomón” (Hch 5, 12), en el Templo de Jerusalén: “Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu” (Hch 2, 46). A juzgar por la continuación: “partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón” entendemos que también se celebraba la eucaristía en casas particulares. El “partir el pan” no se refiere a la entrega de los bienes a la comunidad o su distribución posterior, que Hch 2, 42 denomina “comunión”, sino a la misma eucaristía que produce el gozo que se deriva de la fe y de sentirse salvados en Cristo al recibirle. Así, Hch 2, 47: “el Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar”, se entiende que la salvación está asegurada para los bendecidos por Dios habiendo sido incorporados a la Iglesia. Y de esa seguridad surge la alegría y la alabanza.

### 4.2 Comunión del Cuerpo de Cristo: transfusión en mi cuerpo

La “fracción del pan” era una “acción independiente de la comida común” (Leon Dufour 1974: 41) lo cual no quita para que también se realizara inmediatamente después de una comida en común como pareciera verse cuando Pablo critica a los corintios porque al reunirse en común para celebrar la “Cena del Señor” (Eucaristía) “cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga” (1 Co 11, 20). Trata de decir que para celebrar adecuadamente la “Cena del Señor” es preciso compartir lo que se tiene. No indica si la cena es antes o después de la eucaristía pues lo de “primero” se refiere a la prioridad que uno da al comer y a hacerlo opíparamente, sin pensar en los que no tienen suficiente, tanto estén cerca como lejos. Tampoco afirma Lucas el momento de la comida pues al decir que “partían el pan por las casas” tras mencionar que diariamente iban “al Templo” (Hch 2, 46) está solo describiendo la forma de vida de aquella primera comunidad cristiana que también celebraban la eucaristía en casas particulares.

Ya mencionaba Jeremías el “partir el pan” en el AT refiriéndose al banquete funerario para consolar a alguien por un familiar fallecido (Jr 16, 7) y vemos que es una expresión que se repite varias veces en la literatura rabínica. El “partir el pan” era el rito con el que el jefe de la familia judía daba comienzo a la comida familiar. Tomaba el pan, pronunciaba la bendición, lo rompía con sus manos y lo distribuía en pedazos entre los comensales. Esa bendición reconocía el ser recibido de Dios, simbolizando en ese pan todo el alimento de cada día. Los comensales asentían con un colectivo “Amén”, requisito para ser aceptados en el banquete judío. Esa proclamación expresaba no solo la comunidad de mesa sino también de pensamiento, y de aceptación de que provenía de Dios.

En lenguaje cristiano, aquella “fracción del pan” se refiere al rito eucarístico, a la comunión con el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo (1 Co 10, 16). La Eucaristía es así la transfusión del “Cuerpo entregado” y la “Sangre derramada” de Cristo (Lc 22, 19-20) en nuestro cuerpo para así tener su vida y la redención que nos salva. Comemos al mismo Cristo y somos así habitáculo del Espíritu de Dios: tenemos su mismo Cuerpo transformado en nuestro cuerpo y así somos un solo cuerpo que es la Iglesia. Lo diremos en palabras paulinas: “porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1 Co 10, 17). La Eucaristía realiza así la comunión con el Cuerpo de Cristo presente y así la “común-uniión” de los cristianos entre sí mismos. Preferimos utilizar el sustantivo de “transfusión” presuponiendo ya de antemano la transubstanciación (término latino que ya usara Cirilo de Jerusalén en el siglo IV) porque si no se recibe en la comunión el Cuerpo de Cristo no hay tal banquete eucarístico. No admitimos otros sustantivos que, con el prurito de hacerlo más accesible a la comprensión popular, indican un mero cambio de significado o de fin, limitándolo así a ser símbolo del Cuerpo de Cristo, y por tanto sin llegar a determinar ni abarcar en su totalidad al Misterio de comunión con Él. Es el mismo Cuerpo y Sangre de Cristo el que se hace uno con nuestro cuerpo, misterio de fe, porque así lo quiere, por amor. Esto solo puede comprenderse con la fe y no puede verse con los sentidos. Hemos de fiarnos del mensaje de Lucas citando las palabras de Jesús en la institución de la Eucaristía tras tomar el pan, dar gracias, partirlo y dárselo, al igual que hizo en Emaús: “Este es mi Cuerpo (que va a ser) entregado” (Lc 22, 19), “esta es mi Sangre (que va a ser) derramada” (Lc 22, 20).

### 4.3 Rito sacramental de la asamblea litúrgica

Así, la expresión “partir el pan”, en este contexto eclesial sugiere una valencia religiosa y espiritual, era más que participar en una comida fraternal por más que se hiciera en casas particulares. En el mundo judío y cristiano tiene una significación ritual y, en sentido de fe, sacramental (Dios se hace presente). “Partir el pan” aparece bastantes veces en *Hechos de los Apóstoles* y expresamente “fracción del pan” al menos dos veces. La primera en Hch 2, 42 dentro del sumario que describe la vida de la comunidad primitiva. La segunda tras la audición de la palabra apostólica en Hch 20, 7: “reunidos para la fracción del pan” en la asamblea de

Tróade, comunidad que celebra la Resurrección de Jesús “el primer día de la semana”, domingo, el día del Señor. Pablo se alargó tanto hablando que el joven Eutico se durmió y, al caer por la ventana desde un tercer piso, murió. Pablo lo revivió (en este caso fue una resucitación) y “partió el pan y comió” (Hch 20, 11). Se trata de una asamblea litúrgica que proclama a Jesús como el Señor, entonces reunida en domingo pero que no exclusivamente tenía que ser solo la del domingo ya que la de cualquier día hace referencia al Domingo de Resurrección. Ya vimos que “acudían al Templo todos los días con perseverancia” (Hch 2, 46).

Sin lugar a dudas también Lucas nos habla de la Eucaristía en el pasaje de los dos discípulos de Emaús con los mismos términos con los que están formulados en otros textos eucarísticos del NT. Ellos también lo anuncian como Señor, asintiendo con los Once, tras reconocerlo en la “fracción del pan”. Ese reconocimiento es posible posicionándonos en un plano litúrgico y teológico. No es que fuera un reconocimiento literal, ni que Lucas quisiera describir un hecho en sí mismo por parte de los dos discípulos pues ni siquiera habían estado en la Última Cena y aunque conocieran a Jesús ni siquiera se dieron cuenta de con quién estaban hablando. Por otra parte, el versículo 30 no hace sino comenzar el rito de la Última Cena. Con este mismo término aparece en concordancia con otros textos eucarísticos suyos, con los de otros evangelistas y con cartas de Pablo: Mt 26; Mc 14, 22; Lc 22, 19; 1 Co 10, 16; 11, 24. Lo importante es que Lucas lo entiende como “Eucaristía” aunque no se trate de un relato histórico verificable ni siquiera pudiese haber sido reflejado por ningún historiador. Por ello, no hemos de pensar que en Emaús ocurriese *de facto* la Eucaristía celebrada por Jesús glorioso y los dos discípulos. No merece la pena plantearse si ocurrió o no tal Eucaristía en Emaús tal como lo describe Lucas pues no trata de probar la facticidad histórica por más que narre que fue “aquel mismo día” (13). Ni tampoco hay por qué pensar ni creer que ocurriera aquel hecho de Emaús tal y como lo transmitía la tradición primitiva y lo reelabora Lucas. Su intención didáctica es en lo que hemos de fijarnos.

#### **4.4 Emaús como catequesis sacramental**

Es preciso estudiar el pasaje de Emaús en el contexto donde surge, que son las asambleas litúrgicas en que los discípulos narraban las palabras del Señor Jesús, sus vivencias con Él. Y así, en esas celebraciones litúrgicas se fue formando la tradición oral que recogen y elaboran a su forma por escrito Lucas y los demás evangelistas. “Es más que posible que no pocas redacciones evangélicas hayan sido concebidas en este ambiente litúrgico” en los que tras una enseñanza apostólica y de otros se celebraba el “banquete escatológico” (Benoit 1971: 313-314). La intención de Lucas es “enseñar el encuentro con el Señor en la eucaristía” (Benoit 1971: 285).

Lucas reorganiza la tradición para dar una enseñanza precisa: la fracción del pan en Emaús es la manifestación plena del Señor Resucitado a dos discípulos como colofón de su camino espiritual. El objetivo de Lucas es kerigmático, quiere actualizar la tradición que ha recogido de la fe en Cristo para que sirva al lector en



sus reuniones eucarísticas. Es una catequesis sacramental: para poder reconocer a Cristo, es necesario comprender la Escritura que habla de Cristo (25–27) y participar en la Eucaristía (30–31). La inteligencia de las Escrituras prepara a los discípulos a reconocer a Jesús en la “fracción del pan”. La comprensión de la Escritura se subordina a la Eucaristía. Jesús les desvela el sentido de las Escrituras a los discípulos de Emaús, pero todavía no son capaces de reconocerle como resucitado. Sí, ardía su corazón, pero sus ojos se abrieron con el rito eucarístico, en la “fracción del pan”.

Lucas reelabora la tradición primitiva de una experiencia pascual de dos discípulos. Desde su experiencia de ver cómo se celebraba la Eucaristía en las asambleas cristianas de su tiempo, reelabora aquel testimonio oído elevándolo a un contexto sacramental. Así celebraba la Iglesia primitiva la eucaristía: primero se leía la Escritura, era interpretada por el kerigma de los apóstoles y la catequesis y después de orar juntos y bendecir el pan y el vino se hacía la “fracción del pan”. Así en ambos elementos complementarios celebrados por la comunidad cristiana es posible reconocer a Jesús como el Cristo.

#### 4.5 Iglesia Universal

En esta perspectiva eclesial es donde la “fracción del pan” recibe todo su significado. La “fracción del pan de Emaús” rememora el milagro de la multiplicación de los panes y los peces surgido del compartir lo poco que cada uno tenía. Se hace eco hasta en las palabras rituales de la Última Cena, anticipo de su Pasión, Muerte y Resurrección, Misterio de nuestra salvación. En Emaús, con el reconocimiento del Señor como vencedor de la muerte para siempre, se nos revela su nueva presencia a la espera del banquete escatológico. Lucas nos sigue hablando en *Hechos de los Apóstoles* sobre esa nueva forma del Espíritu en que Jesús se hace ahora presente en la misma Iglesia. Esa misma Iglesia es el único lugar donde se dará la experiencia personal de encuentro con Cristo. La Iglesia es así don de vida eterna porque por Jesucristo podemos llegar a Dios. En la persona de Jesús resucitado y glorioso tenemos la esencia del cristianismo. Otras religiones llegarán a Dios de otras formas siempre válidas, pero el cristiano ha optado por encontrarse con Jesús en la Iglesia que se reúne en su nombre y que le experimenta encarnado en los pobres y necesitados. En el consecuente compromiso de una forma peculiar de vivir en favor de los débiles tanto material como sentimentalmente, está la Iglesia haciendo visible a Jesús y se está realizando su salvación.

Lucas, excepcional pedagogo, viene a decirnos que ahora también es posible reconocer al Cristo resucitado, como lo hicieron los de Emaús, en la Escritura y en la Eucaristía celebradas en asamblea, esto es, en la “fracción del pan”. Que no estamos en desventaja de aquellos discípulos que tuvieron el “privilegio” de ver al Señor resucitado. Cuando se reconoce a Jesús “no son precisas las apariciones y cesa la visión” (Espinell Marcos 1976: 127). Se rompe así el restringido círculo de los “Once”, testigos oficiales, para ampliar la validez de la experiencia pascual al grupo de “discípulos”, a la Iglesia, al mundo entero. Aunque sea esta una apa-

rición de reconocimiento vemos surge de ella la misión (expresada más explícitamente en imperativo en otras) de anunciar a Jesús Resucitado.

Después de la resurrección, la comunidad que sigue a los apóstoles se va haciendo progresivamente Iglesia universal, y en ella todos son llamados a seguir el “Camino de Cristo” mostrado por sus “testigos”, viviendo en comunión y celebrando la “fracción del pan”. Con ello la Iglesia cobra fuerzas para la construcción en el mundo del Reino de Dios, para aportar una liberación y salvación aquí y ahora, salvación que va más allá de las aspiraciones del corazón humano y que se hará plena con la resurrección final en el fin de nuestra Historia.

## 5 Connotaciones teológicas de Lc 24

### 5.1 Catequesis kerigmática

El término kerygma proviene del griego κήρυγμα: proclamación de la Buena Noticia, así como el alguacil en un bando va voceando por las calles una noticia del ayuntamiento o de alguna autoridad y exige se cumpla. En la Biblia es un género literario de cariz oratorio en el que se comunica que Jesús resucitó y vive, haciéndose presente de forma gratuita por medio de esa misma comunicación oral. Con ello nos referimos al primer anuncio del evangelio a los no creyentes (precatequesis), tal cual lo distinguía la Iglesia primitiva de la didajé: catequesis o enseñanza de la Sagrada Escritura a los neófitos, nuevos bautizados, a la luz de las experiencias de los apóstoles y los demás cristianos (Hch 2, 42). Aunque Lucas se dirige a los no creyentes veremos siguen siendo válidos sus escritos sobre todo para los neófitos con la catequesis (del griego κατηχισμός, del verbo κατηχεῖν: instruir) e incluso para cualquier creyente en Jesucristo en cualquier estado de su camino de fe como invitación a re-iniciarse en la fe en Cristo estudiándola más y viviéndola de forma más participativa y comprometida con su vida diaria. Pudo pensar Lucas también en el pueblo judío pues dirige tanto su evangelio como *Hechos de los Apóstoles* a un tal Teófilo (“amigo de Dios”) que pudiera haber sido el sumo sacerdote Teófilo ben Anás, cuñado de Caifás.

No podemos reducir el kerigma a una frase corta: “Jesús vive” dicha a un no creyente o a un catecúmeno, pues no abarcaría todo el proceso de evangelización de llamada y formación en la fe, donde ha de estar presente. El kerigma es también clave en la fundamentación de la vida cristiana que se hace con la catequesis (para educar en la fe) y hacer salir de la indiferencia religiosa a quien no la vive. Igualmente el kerigma es fundamental en la tarea de reforzar la fe mediante la pastoral a los fieles cumplidores pero no comprometidos con su misión en su vida diaria. La iniciación cristiana no es solo enseñar, es introducir poco a poco al neófito, el nuevo bautizado, en la comunidad cristiana en su totalidad (Sagrada Congregación para el Clero, *DGC* 1997: 63), es el “proceso de transmisión del Evangelio tal como la comunidad cristiana lo ha recibido, lo comprende, lo celebra, lo vive y lo comunica de múltiples formas” (Sagrada Congregación para el Clero, *DGC* 1997: 105). Así es “comunión, fracción del pan,

oración, temor ante los prodigios y señales, comunicación de bienes”, tal cual vivía la primera comunidad cristiana (Hch 2, 42-47). Así, en este sentido amplio de catequesis kerigmática hemos de entender los relatos de las apariciones de Jesús en Lc 24. Mediante tales relatos, entre los que está el episodio legendario del camino de ida a Emaús y vuelta a Jerusalén, Lucas, como maestro catequeta, engarza unas explicaciones en la forma cruzada de quiasmo para proclamar el “kerigma”, mensaje clave del cristianismo: la Resurrección de Cristo. De ahí podrá surgir o no la fe de quien escucha dependiendo de su disposición y decisión para aceptarlo. Quien lo acepta ya no tiene miedo a la muerte porque ve que Dios le ama y le da la vida eterna.

El pasaje de Emaús es la perícopa que da unidad al capítulo, dando cohesión a la aparición a las mujeres, la visita de Pedro al sepulcro y la aparición a los apóstoles. El capítulo 24 va unido al anterior con el pequeño quiasmo de las mujeres que regresan el viernes del sepulcro y vuelven el domingo con los aromas, y está conectando con *Hechos de los Apóstoles* mediante los versículos últimos dedicados a la Ascensión, pasaje que se vuelve a repetir en Hch 1, 6-11. El paralelismo provocado entre los versículos 1-11 y 13-23a con el quiasmo cruzado entre 1-11 y 22-24b (su resumen) y el quiasmo entre 26-46 son también caminos de ida y vuelta en un vértice que hace de clímax de cada uno: la no creencia (11 y 23a) y la fe en el Resucitado (34, que también aparece en el 23c: “está vivo”). El camino de Emaús, 13-35, mediante un ir y volver, con el clímax en la “fracción del pan” (30), es un quiasmo que en su última parte forma un conjunto subconjunto (26-35), el cuál es a su vez intersecante con 26-46. Quiasmo que viene a ser la catequesis kerigmática de Lucas con el objetivo pedagógico de dirigir al no creyente al encuentro con el Resucitado, al que anima a reconocer en la Palabra y la Eucaristía que celebra la comunidad cristiana que vive en “koinonía” (con amor).

## 5.2 Jesús se hace presente en la experiencia vital

Emaús (proveniente del hebreo Hammat: fuente caliente) estaba a unos 5,4 kilómetros de Jerusalén, es el Ammaus mencionado ya por el historiador del siglo I d.C. Flavio Josefo (Schmid 1973: 512). Nos decantamos por esa distancia que nos marca tal lugar a pesar de no ser tan popular por no coincidir con otras muchas ubicaciones propuestas, que no tienen fundamento por diferir con el nombre y la distancia dadas por Lucas (Mendoza García 34-41). La distancia coincide con la ya destruida Kolonieh (antes Ammaus y hoy día Motsa y Ramat Motsa) al noroeste de Jerusalén que distaba de ella 30 estadios, que Lucas habría doblado en 60 contando la ida y vuelta de los discípulos. De haber contado solo la distancia real, se podría haber pensado en el más occidental Emaús de los Cruzados, hoy Abu Ghosh, que dista 11 kilómetros, o en el actual Al Qubeiba, a 12 kilómetros, más al noroeste de Jerusalén, pero tales lugares no son mencionados por los coetáneos historiadores por lo que podrían haber recibido posteriormente el antiguo nombre de la desaparecida Kolonieh atrayendo así a los peregrinos. Los 5,4 kilómetros de

vuelta, con la urgencia de querer transmitir el mensaje del encuentro, podrían muy bien haberse hecho a buen paso en cuarenta minutos a una media de ocho kilómetros por hora, tiempo en que los Once aún habrían de estar en vela. Otros manuscritos citan la distancia de 160 estadios posiblemente por un *lapsus calami* añadiendo el número uno al traducir del griego, distancia que ha hecho pensar en el Nicópolis que tuvo su auge del siglo III al VII d.C. y está señalado con interrogante en los mapas bíblicos. Nuestra apuesta coincide también con la idea de Lucas de presentar las apariciones cerca de Jerusalén (simbolizando así a la Iglesia), sin tener por qué alejarse al lugar concreto de Galilea, como hacen Marcos y Mateo.

Sin embargo estos datos topográficos sobre la ubicación de Emaús no serían de mayor interés para los etnocristianos procedentes de la gentilidad (como así era también Lucas), de cultura helénica, pues no conocerían siquiera ese lugar. Lo relevante es que Lucas no necesitaba, como Marcos y Mateo, colocar la aparición en Galilea, lugar del nacimiento de Jesús, donde se crió y comenzó su vida pública con los apóstoles, que distaba 150 kilómetros de Jerusalén. Lucas, aunque inspirado en Marcos (o quizá en un esquema Protolucano que hiciera él mismo también con el documento Q) y en Mateo, coloca el encuentro con el Resucitado, más sensatamente que otras fuentes en las que se basara, en el mismo sepulcro (a las mujeres) o en Emaús a dos discípulos, un lugar bien cercano a la Crucifixión y Resurrección de Jesús, y en Jerusalén, la Ciudad Santa, lugar donde comienza y concluye su evangelio, lugar donde ha de cumplirse la salvación y de donde debe partir la evangelización por el mundo. Enseña que no es necesario volver al lugar concreto de Galilea, donde habían vivido los apóstoles. Jesús sale al encuentro en la misma vida y en las dudas de cada uno dondequiera se encuentre. Así, todo es Galilea y todo es Emaús. Jesús se hace el encontradizo también de forma privada a discípulos sencillos (peculiaridad de Lucas) y no solo a los apóstoles. El evangelista Juan, posteriormente, siguiendo esta línea, hace aparecer también a Jesús en su propia tumba (Jn 20, 14).

### **5.3 Catequesis de Lucas: acercar la tradición al hombre en su vida**

Lucas usa en este capítulo sobre la resurrección un estilo narrativo “midráshico neotestamentario”, esto es, entremezcla las profecías del AT con hechos contemporáneos suyos, con el objetivo de hacer una catequesis, esto es, hacer más cercano y aceptable el humanamente incomprensible significado de la Resurrección de Cristo a quienes oyen por primera vez tal kerigma cristiano. Lucas establece un paralelismo entre los hechos neotestamentarios y los del AT. Por analogía, diremos que Lucas escribe para que también el hombre de hoy sienta en sus dudas, en sus problemas, en fin, en su vida cotidiana y su relación con otros, esa narración que le abra sus ojos al Jesús histórico y al Cristo de la fe, ya anunciado desde antiguo y le dé sentido último a su vida. La catequesis tiene que conectar con la vida de cada persona partiendo de su situación vital pero sin olvidar el lenguaje de la Tradición de los evangelistas y la comunidad de

creyentes. Citando a profesores nuestros diremos que la catequesis urge a la realización “de los sentimientos y actitudes de Jesús, en las que se ha revelado Dios”, “en las propias circunstancias históricas, en la propia experiencia” (Martín Velasco 1974: 34). “Las situaciones históricas y las aspiraciones de los hombres” es dimensión constitutiva de la catequesis (Cañizares Llovera 1985: 100). Acercar la tradición de Cristo a cada hombre en su situación vital es el objetivo de la catequesis. Si no es así, todo se queda en palabras vagas y desencarnadas que no calan en el individuo concreto y no se llega a realizar en él la salvación de Cristo.

No caben en Lucas interpretaciones apologéticas ni racionalistas, como tantas veces se ha tratado de enseñar en teología e inculcar al no creyente y sobre todo al creyente. De lo que ha de tratar el catequista es, no de comprobar lo que pasó o no pasó en otro tiempo, sino, “indicar el sentido que hoy tienen los textos para sus contemporáneos” (Juan Pablo II 1979: 32). Para ello “no se puede aislar el Evangelio de su lenguaje” (Conferencia Episcopal Española 1984: 67) pues la catequesis es la transmisión de los documentos de la fe de tal modo que la salvación se haga real en la situación concreta de cada persona. Es provocar en la situación vital de cada uno el encuentro con Jesucristo mediante los escritos de su historia salvífica.

#### **5.4 Basado en la tradición de las iglesias primitivas**

El episodio de Emaús no tiene paralelos en otros evangelios, salvo la mención de Mc 16, 12-13 de la aparición a dos discípulos. Es algo peculiar de Lucas, donde resume todo su evangelio que comienza y acaba en el Templo. El pasaje lucano de Emaús relata el testimonio de la experiencia histórica de dos discípulos sobre el misterio redentor del hombre que abarca y supera nuestra historia: la Resurrección de Jesús. Por tanto es un relato legendario, que proviene del testimonio de unos testigos de Jesús Resucitado transmitido por tradición y que Lucas narra para que se lea y sea así también transmitido de forma escrita. Es una catequesis historizada que escribe Lucas tratando de actualizar la fe en la Resurrección de Jesús mediante esta “parádoxis”, testimonio de dos discípulos de viva voz, no apóstoles, anunciando: “Jesús vive”, aseverando lo que Pedro y los Once proclaman.

Este anuncio kerigmático lo hace Lucas, primero adaptándose a la situación concreta de sus dos discípulos que viven un momento de desaliento ante sus expectativas de liberación del poder romano y a continuación tratando de atraerlos, como si fueran catequizandos, mediante las promesas de Jesús cumplidas, hacia los apóstoles, centro de la comunidad, donde se visibiliza a Cristo. Lucas, siguiendo la tradición sinagoga, hace una inclusión de la Palabra en la Eucaristía, partiendo de la lectura de las Escrituras, AT, y terminando en la Cena Pascual. La diferencia con el rito judío es que ahora se reúne “la comunidad del Kyrios (el Señor glorioso)” en domingo, superando el sábado judío. No es ya una comida común, se trata del reencuentro con Jesús resucitado, del reconocimiento de Cristo vivo en la fracción del pan (24, 30 y 35) que después del siglo I se

llamó eucaristía.

Lucas hace una elaboración de la creencia de los apóstoles y demás discípulos en la resurrección de Jesús. No es ningún reportero que relate un acontecimiento histórico que derive de su investigación personal sobre los materiales recibidos por tradición (*παράδοσις*: *parádoxis*) o de quienes vieran con los ojos carnales a Jesús resucitado en forma humana física, con carne y huesos. No es un apologeta que busque probar la historicidad de la resurrección de Jesucristo. Además de seguir a Marcos y la tradición, se basa en la fe y comentarios catequéticos de las iglesias primitivas de Jerusalén, Cesarea y Roma, de quienes manifestaban en comunidad al Cristo vivo entre ellos. Doblando el personaje del hombre o ángel en dos hombres expresa Lucas esa fe compartida y generalizada, en la que se fundamenta para ensamblar esos sucesos legendarios de las apariciones, transmitidos oralmente hasta entonces, con los que mostrar el kerigma a los no creyentes y válido para los catequizandos y cristianos maduros. Es evidente que “Lucas escribe a la luz de la catequesis de la primitiva Iglesia” (Benoit 1971: 309). Sentimos que en el relato de Emaús late un recuerdo real de la experiencia de fe de dos discípulos de Jesús y que no es pura creación de Lucas. La intención de Lucas es explicar de una manera catequética y litúrgica cómo se había manifestado Jesús. Toda la obra de Lucas refleja ser de un original escritor con supremo talento y de un delicado tino en los detalles y siempre con un contenido doctrinal. El capítulo 24, donde está incluido el pasaje central de Emaús, es igualmente una composición literaria magistral, con un tono concreto y verosímil y en forma de quiasmo, en la que Lucas engloba varios testimonios de la comunidad cristiana primitiva que son el fundamento de la fe cristiana. Emaús es la relectura que la comunidad cristiana hace de Jesús desde su perspectiva de la resurrección. Por eso parte de la persona de Jesús de Nazaret para completarla con la presentación del Cristo de la fe.

### **5.5 Cuerpo glorificado del Resucitado**

El kerigma, anuncio de la Resurrección de Jesús de entre los muertos, lo formula Lucas en la cultura de Palestina, que no diferenciaba alma y cuerpo como la griega, y por eso nos habla en Emaús y demás apariciones de una “resurrección corpórea”. Insiste después en esa realidad física del cuerpo de Jesús resucitado (con carne y huesos) pensando en sus destinatarios griegos que consideraban absurda la idea de la resurrección corpórea, de la nueva creación de la persona (“les mostró las manos y los pies”: 24, 40). El objetivo lucano era fundamentar la fe de los griegos para quienes era difícil salir de su dualidad de la persona (alma y cuerpo) y admitir la idea semita de los hebreos del hombre como una unidad. Otro objetivo colateral era poner los pilares para establecer la Iglesia en Grecia.

Sin embargo el cuerpo del Resucitado se encuentra en otra forma (Mc 16, 12), en un estado nuevo que modifica su figura exterior y no puede ser reconocido en principio por los discípulos de Emaús (16) por ser una corporeidad glorificada, ya libre de los condicionamientos de este mundo. Jesús es reconocido con su condición de Hijo de Dios glorificado, incorruptible, que se va a derramar en Espíritu

Santo en aquellos que lo reconozcan en la Eucaristía.

Igualmente vemos ahora velada su presencia en las especies de pan y vino. El Resucitado está ya glorificado en ese tiempo de las apariciones, pero todavía no está exaltado (Conzelman 1974: 281, nota 90). Los dos discípulos de Emaús, como todo no creyente, se ven iluminados por la Escritura. Sin esa disposición personal previa, Jesús no quiere hacerse reconocer todavía (Schmid 1973: 513). De ahí la exclamación: “Quédate con nosotros, que la tarde está cayendo”. Sin embargo, esa oscuridad, símbolo del no creer, no se ve plenamente aclarada sino con la celebración eucarística: “entonces se les abrieron los ojos”: le reconocen como glorioso, con un cuerpo incorruptible, glorificado, que ya no forma parte de nuestra caduca historia terrenal que se acaba con la muerte y corrupción corporal porque la ha vencido. Y en ese mismo momento “desapareció de su lado” (31). Para Lucas, Cristo está fuera ya de nuestro tiempo y espacio terrenales aunque se les hiciera visible en Emaús con materia y forma humana a Cleofás y al otro discípulo. Su cuerpo glorificado, ya con el Padre, se realiza con su Resurrección y por eso en este capítulo del evangelio, Lucas parece querer evitar, con el “fue llevado al cielo” (51), los cuarenta días de apariciones que él mismo señala en Hch 1, 3, así como otros evangelistas.

Claro que con esto no explicamos cómo sucedió la Resurrección de Jesús o cómo sucede la nuestra, pero tampoco contradice a la ciencia que tenemos porque son categorías separadas y cerradas en sí mismas. Ya lo dijo el santo Doctor: “La Resurrección sobrepasa la razón humana; así mismo las pruebas que ofreció el Resucitado no son razones sino que se colocan entre los signos destinados a manifestar alguna verdad” (De Aquino 1955: 614; III, 55, 5). El hecho histórico de la Resurrección fue un hecho límite que sobrepasa a la ciencia y sus métodos para comprobarlo. Que Jesús tomara forma física tras la resurrección, como narran los evangelios, no quiere decir que nuestra resurrección tenga que ser con el cuerpo íntegro que tuvimos con 32 o 33 años (o pudiera haber tenido el que no llegó), la edad perfecta, con la que tan escolástica como fantasiosamente rizara el rizo el Aquinate, malinterpretando Ef 4, 13, tratando de explicar lo incomprendible humanamente y por tanto indescriptible de forma racional. Ese cuerpo tomista no sería resurrección tal, porque el ser en ese estado seguiría limitado por la materia de su cuerpo terrenal. Claro que el Angélico Doctor lo trata de justificar diciendo que el de los buenos sería un cuerpo sutil, ágil, impasible y claro, mientras que el de los malos sería lo contrario, oscuro (de rostro calcinado), pasible, pesado y en cierta manera carnal. Es muy imaginativo y gracioso el dominico Doctor De Aquino, pero la verdad es que, además de no aclarar nada y más bien confundir, tampoco es algo importante en lo que nos debemos detener, como tampoco es una preocupación de Lucas el poner de manifiesto la verdad histórica de la resurrección de Jesús con los relatos de las apariciones en el capítulo 24. Lucas no es apologeta, no trata de probar la realidad física del cuerpo carnal del Resucitado. Su objetivo esencial es didáctico, catequético, parte de su afirmación de fe y de la fe de la comunidad cristiana de que Jesús resucitó. Y en el relato de Emaús y otras

apariciones del último capítulo de su evangelio que incluye esa proclamación de fe, basamos nuestra única certeza de la resurrección de Jesús y con ella de la nuestra.

## 5.6 El hecho real de la Resurrección

Ni Lucas ni ningún otro evangelista tratan de narrar el hecho de la Resurrección de Jesús, hecho real objetivable, pero no historicado por nadie. Ocurrió a los tres días de su muerte, dentro de nuestro tiempo histórico aunque superara nuestro espacio y tiempo abarcándolo en su totalidad. No pensemos se trató de un revivir como la hija de Jairo (Lc 8, 55) o el hijo de la viuda de Naín (Lc 7, 11-17) o Lázaro (Jn 11, 41.44), ni tampoco en una resucitación como la del gallo y la gallina de Santo Domingo de la Calzada que, aunque se realizara en otros tiempos como un truco de magia, en ese caso fue una leyenda didáctica para, así como el gallo nos anuncia el nuevo día, provocar el despertar a la fe en Cristo por medio del Santo de la Calzada, fundador del pueblo. Tampoco se trató de ninguna reencarnación en otra vida caduca. Historiadores y evangelistas solo escriben que unos testigos concretos dicen que “Jesús vive”. El hecho de encontrarse con el Señor Resucitado (fórmula de fe) es el testimonio común de los discípulos de Emaús y los demás que les hizo dar un vuelco radical en sus vidas. La Resurrección de Jesús es un hecho real por más que supere nuestro tiempo y espacio y no podamos comprenderlo objetivamente. Los discípulos de Emaús lo reconocieron (35), no vieron a un fantasma ni hombres con vestiduras resplandecientes o ángeles, como se decía de las mujeres. Tampoco es que ambos discípulos de Emaús, a la vez, debido a su esperanza frustrada, proyectasen a la par una visión en su mente que creyesen haber visto con sus ojos. La Buena Nueva que Lucas nos anuncia es que ellos fueron testigos originales y oculares de Jesús Resucitado y por tanto su relato es fundamento de nuestra fe. Es un texto, al igual que otros de apariciones, que contienen una verdad histórica: Jesús ha resucitado (Arias Reyero 1982: 259-260).

En el AT apenas se alude a la vida eterna. En Daniel 12, 2 aparece por primera vez: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno”. También lo cree Judas en 2 Mac 12, 44: “Pues de no esperar que los soldados caídos resucitarían, habría sido superfluo y necio rogar por los muertos”. Se hablaba de resurrección como de un despertar o de ponerse de pie estando en una posición yacente. En el NT, la experiencia vivida por unos discípulos con Jesús Resucitado era un hecho que necesitaba de un lenguaje adecuado a cada destinatario para comunicarla. Así habla Lucas de exaltación: ascender Lc 24, 51, Hch 1, 9; glorificar (cuerpo glorioso) Hch 3, 13; sentar a la derecha Hch 2, 34; y se habla de cercanía: “Jesús se acercó y siguió con ellos” Lc 24, 15. Y como estos encuentros reales con Jesús vivo después de la muerte fueron las primeras experiencias de su resurrección, se repiten proclamaciones de fe o kerigmas: Dios resucitó a Jesús (Hch 2, 24.32), Cristo fue resucitado (Lc 24, 6.34), el Hijo del Hombre, el Señor, Cristo resucitó. Son las expresiones de fe que debemos mantener sin necesidad de especular sobre el cómo



del hecho de la resurrección ni siquiera pensar que el encuentro de los discípulos de Emaús con Jesús fuese siquiera un hecho concreto en un lugar determinado. Lucas con este relato nos transmite que la meta de Jesús era la misma existencia de esos dos hombres donde se manifiesta como es ahora, resucitado y vivo. Y eso es hacer catequesis.

Con la verdad que debemos quedarnos es con el grito pascual: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!” Lc 24, 34. Y con ese primer grito van surgiendo las comunidades cristianas, la Iglesia. El cómo fue la resurrección no importa al evangelista pero lo dice medianamente su compañero San Pablo: “muere el cuerpo material para resucitar en cuerpo espiritual” (1 Cor. 15, 44), en un “cuerpo celestial” (Flp 3, 21). Ha de ser un cuerpo sin carne y sangre pues estas “no pueden heredar el Reino de los cielos” (1 Cor 15, 50). Resucitaremos incorruptibles, pues es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad” (1 Co. 15, 52-53). Los detalles de cómo será ese cuerpo es otro cantar que nos supera. Lo cierto es que esa visión de los testigos lleva a la misión del kerigma, anuncio del Resucitado que ha vencido a la muerte para siempre, superando nuestra concepción de historia lineal pero englobándola. Y mediante tal victoria histórica real, verdad trascendente a nuestra historia y a nuestra comprensión, que no puede ser más que objeto de la fe, nos da a todos vida sin fin. Lucas nos habla de dos testigos que contaban su experiencia con el Resucitado como hecho objetivo. Por eso tiene significación de salvación para nosotros. Y cada vez que leamos el texto, el Señor Jesús, vencedor de la muerte, está pasando junto a nosotros y, creyéndolo y acogiéndolo, estamos recibiendo la gracia de Dios y estamos siendo salvados.

### **5.7 Encuentro en la Eucaristía que celebra la Iglesia**

La tumba vacía no se muestra como prueba de la Resurrección, como erróneamente se ha escrito y tanto se ha enseñado en lecciones de teodicea que, como falsa prueba justificatoria antepone la fe a la razón. Esto es, que partiendo de la fe reconocida busca razones saltando al campo de la ciencia que es otro compartimento de saber cerrado en sí mismo y del que únicamente podrían sacarse conclusiones en paralelo a aquella. La tumba vacía sí es signo, junto con las apariciones (señales dadas por la debilidad de fe), de la cual partir para buscar y poder llegar a aceptar la tradición de los primeros cristianos, de que Cristo ha resucitado y que es la única razón que nos llega a dar alegría y esperanza en nuestra vida. La tumba vacía y las apariciones son el interrogante de partida con que Lucas (con los discípulos de Emaús y demás apariciones) y los otros evangelistas hacen que se cuestionen sus protagonistas, y que tengan esa vivencia extraordinaria de ser capaces de ver al Resucitado transfigurado en quienes dudan, padecen y mueren esperando la felicidad plena del Reino de Dios. Jesús sigue pasando hoy ante nosotros, solo nos falta abrir los ojos y ponernos con todo nuestro ser en su atención, en su servicio y ayuda.

En ese Reino estamos todos, quienes lo admitimos y quienes no lo admitan

porque la Iglesia abarca a todo el que actúa con amor. En esas tradiciones de los primeros cristianos fundamentan los evangelistas la fe cristiana. Sin embargo, la respuesta válida que nos ha de dar crédito y satisfacción está en la Resurrección de Jesús que cada uno (no creyente y creyente) deberá buscar continuamente y encontrará, de forma misteriosa pero real, en la comunidad eclesial que comparte su fe, que proclama la Palabra y celebra la Eucaristía. Jesús camina con la Iglesia en marcha (Stöger 1975: 317). La Iglesia es el Signo del Reino de Dios ya inaugurado por la Resurrección de Cristo y que será consumado en la parusía, pero por esta misma fracción del pan, la escatología se hace historia de salvación gracias a la unidad que surge del compartir y del amor. En esa fraternidad, fruto del don del amor recibido de Dios se hace presente el Señor. Así se lo proclamaron los Once y los que estaban con ellos a los dos discípulos de Emaús: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado!” (34). El no creyente que recibe este kerigma tiene que tomar partido desde su libertad y ser consecuente con su respuesta. Y para poder estimular esa respuesta de compromiso y de acción en las persona, debemos dar la máxima importancia a la buena presentación del kerigma capital del cristianismo.

## 6 Conclusión

Hemos analizado un tema capital del ser humano, la resurrección a la vida eterna, en el último capítulo del evangelio de Lucas. Es la pregunta clave que se plantea cualquier persona que busca sentido a su vida: ¿por qué el mal y el sufrimiento en el mundo, por qué la muerte? ¿continúa la vida después de la muerte de esta vida terrenal? Aceptar el mensaje evangélico transmitido por Lucas 24 en el relato de Emaús, así como en otras apariciones, esto es, creer en la Resurrección de Jesucristo, es haber encontrado sentido a nuestra existencia por el convencimiento de que con Él tenemos vida sin fin. La autoría del capítulo es típicamente de Lucas, que recoge materiales de la tradición oral, de las vivencias reales que observaba en las primeras comunidades cristianas y de forma original, mediante los quiasmos literarios que hemos visto, reelabora esas experiencias de fe consiguiendo de manera genial la redacción de este relato y de toda su obra con el objetivo de informar y educar en la fe cristiana.

Respondiendo a las interpretaciones que mostramos en la introducción diremos con palabras de un ínclito profesor nuestro: “Hubo un evangelio oral en forma de predicación” (Floristán Samanes, 1978: 50) desde que murió y resucitó Jesús hasta que se compusieron los evangelios (el de Lucas unos 40 años después). Lucas escribe “a la luz de la catequesis de la primitiva Iglesia” (Benoit 1971: 309). No hemos de considerar las palabras del relato de Emaús como “ipsissima verba” pues todas las apariciones “llevan la impronta de la Iglesia primitiva... a través de todas ellas la Iglesia confiesa y reconoce a su Señor” (Pikaza Ibarrondo 1982: 18). Sin embargo, el relato de Emaús es único ya que no aparece en los otros evangelios sinópticos, y es el relato en quiasmo sobre el que se engloban las apariciones a las mujeres (anterior) y a los apóstoles (posterior) con las que también se relaciona

de forma quiástica. Lucas está aprovechando esa técnica literaria nemotécnica de contraste cruzado que conlleva la narración quiástica para, de forma sencilla pero con una delicada distribución de las palabras y con suma belleza, captar la atención del oyente y persuadir eficazmente de la enseñanza del mensaje capital del cristianismo: que Jesús resucitó y vive. Lucas utiliza esta simetría literaria con la intención de formar catequética y litúrgicamente sobre cómo se había manifestado Jesús Resucitado. Trata de hacer presente la salvación de Dios realizada en plenitud en Jesucristo a cada uno en el momento y lugar en que vive, que no otra cosa es la catequesis. Diremos que Lucas hace de verdadero catequista con este relato tratando de adaptar aquellos hechos históricos de unos discípulos para la predicación de la época en que ya no se ve a Jesús resucitado.

Reviviendo el Misterio salvífico en la Eucaristía, en que Cristo se hace presente sacramentalmente, que no espiritual o simbólicamente sino de forma real, aunque no sea con la fisonomía terrenal, y comiendo su mismo Cuerpo glorificado, recibimos la gracia del Espíritu Santo para ser “Signos Vivos” suyos y de su resurrección, y como exigencia manifestamos al mundo con palabras y hechos nuestra fe en Él que ha vencido a la muerte para siempre y para todos. La Eucaristía, en que la especie de pan y vino siguen siendo materia corruptible, es pan celestial, Cuerpo de Cristo, de Jesús glorificado. Y comiéndolo se nos da la esperanza en la resurrección y la certeza de que somos eternos, nos revestimos del “Hombre Nuevo”, anticipo de la transformación de nuestro cuerpo en Cristo y con la plena confianza en que lo seremos completamente en el último día. Este anticipo es ya, aunque no en plenitud, resucitar con Cristo con un cuerpo glorificado. De este germen de poseer a Cristo y nuestra resurrección brota el ánimo para hacer el bien y la alegría pascual del cristiano al sentirse uno con Cristo y sabedor que con Él pasará a la vida de felicidad en plenitud que es estar con Dios adorándole por los siglos de los siglos.

El pasaje de Emaús, entre otras apariciones del Resucitado, se desarrolla en una triple dimensión de pasado, presente y futuro (Leon Dufour 1973: 236): Escrituras, presencia real y anuncio. Responde a la misma economía de la historia de la salvación que empezó en el pasado y culminando con Cristo “despliega su poder en el presente y espera su consumación en el futuro” (Sagrada Congregación para el Clero, *DGC* 1997: 51). También engloba esa continuidad del pasado, presente y futuro la Eucaristía, “con-memoración” en que Cristo se vuelve a hacer presente para poderle venerar, comportando el envío con la misión de anunciar la Buena Nueva. Parafraseando a Santo Tomás De Aquino en la sublime antífona del Magnificat de las II Vísperas de la Liturgia de las Horas para la fiesta del Corpus Christi proclamamos que la Eucaristía, Misterio de Fe del cristianismo, es el Sagrado Banquete en que celebramos el memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, en el que el Cuerpo de Cristo en carne resucitada es comida que nos llena de gracia y nos da la prenda de la gloria futura. Es el signo manifiesto materialmente de nuestra esperanza en la felicidad plena y gloria sin fin. Gloria, que ya recibimos en parte como primicia ahora, pero que a todos

deseamos en plenitud para dar gracias, alabar y venerar a Dios por toda la eternidad.

### Bibliografía

- Arias Reyero, Maximino. *Jesús el Cristo*. Ediciones Paulinas, Madrid, 1982.
- Benoit, Pierre. *Pasión y resurrección del Señor*. Fax, Madrid, 1971.
- Biblia de Jerusalén*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1975.
- Biblia para la iniciación cristiana*. Secretariado Nacional de Catequesis, Madrid, 1977.
- Cañizares Llovera, Antonio. “Notas pedagógico-catequéticas para el anuncio de Cristo”, *Revista Teología y Catequesis* 4 (243-265). Madrid, 1985.
- Conferencia Episcopal Española. *La catequesis de la Comunidad*. Edice, Madrid, 1984.
- Conzelmann, Hans. *El centro del tiempo. La teología de Lucas*. Fax, Madrid, 1974.
- De Aquino, Santo Tomás. *Suma Teológica*. BAC, Madrid, 1955.
- Espeja Pardo, Jesús. *La experiencia de Jesús*. San Esteban, Salamanca, 1984.
- Espinel, José Luis. *La Cena del Señor, acción profética*. Edicabi / PPC, Madrid, 1976.
- Floristán Samanes, Casiano. *La evangelización tarea del cristiano*. Cristiandad, Madrid, 1978.
- Juan Pablo II. *Catechesi Tradendae. Exhortación sobre la catequesis hoy*. PPC, Madrid, 1979.
- Leon Dufour, Xavier. *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*. Sígueme, Salamanca, 1973.
- Vocabulario de teología bíblica*. Herder, Barcelona, 1974.
- Martín Velasco, Juan. “El valor teológico de la experiencia humana” en Colectivo, *Catequesis hoy, catequesis de la experiencia*. Actas de las Jornadas de Pastoral educativa, 4. Instituto Superior de Ciencias Catequéticas San Pío X, Salamanca, 1974.
- Mendoza García, Oscar Javier. *Lucas 24, 13-35: Los discípulos de Emaús. Implicaciones para la catequesis*. Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas de San Dámaso, Universidad Pontificia de Salamanca. Inédito. Ejemplar en el Archivo del Seminario Conciliar de Madrid, 1986.
- Rodríguez, Pepe. *Mentiras fundamentales de la Iglesia Católica*. Ediciones B, Barcelona, 2012.
- Sagrada Congregación para el Clero. *Directorio General de Pastoral Catequética (DGC)*. Ediciones del Secretariado Nacional de Catequesis, Madrid, 1997.
- Pikaza Ibarrodo, Xabier. *Evangelio y evangelios*. Fundación Santa María, Madrid, 1982.
- Schmid, Josef. *El evangelio de San Lucas*. Herder, Barcelona, 1973.
- Stöger, Alois. *El evangelio según San Lucas*. Herder, Barcelona, 1975.

(原稿受付 2020年6月24日)